

JOSÉ ROIG IBÁÑEZ

**LA EDUCACIÓN ANTE UN
NUEVO ORDEN MUNDIAL**

DIAGNÓSTICOS Y REFLEXIONES
EN TORNO A LOS NUEVOS
PROBLEMAS QUE LE PLANTEA
EL NUEVO ORDENAMIENTO MUNDIAL



Madrid - Buenos Aires - México

Motivo de cubierta: A. Guayard

© José Roig-Ibáñez, 2006

Reservados los derechos.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Ediciones Díaz de Santos

www.diazdesantos.es/ediciones
www.diazdesantos.com.ar

ISBN: 84-7978-760-0
Depósito Legal: M. 21.488-2006

Fotocomposición: www.Comunicación y Diseño, S. L.
Diseño de cubierta: Ángel Calvete
Impresión: Fernández Ciudad, S. L.
Encuadernación: Rústica-Hilo, S. L.

Índice

PRESENTACIÓN	XIII
CAPITULO 1. LA EDUCACIÓN ANTE UN NUEVO ORDEN MUNDIAL	1
1. La primera gran crisis mundial del siglo XXI	1
2. Reacciones, comentarios y declaraciones.....	4
3. Surge un nuevo orden mundial	13
4. Un nuevo realineamiento político, económico y cultural.....	15
5. El tránsito de la primera a la segunda modernidad	21
6. El informe Lugano de Susan George	23
7. El futuro que viene y que va tomando forma.....	36
8. Hay que repensar y preparar el futuro	40
CAPITULO 2. LA EDUCACIÓN ANTE EL PROCESO DE GLOBALIZACIÓN: ANTE UNA SOCIEDAD GLOBAL, MUNDIAL Y TRANSNACIONAL	45
1. Antecedentes sobre el concepto de la globalización en Teilhard de Chardin.....	45
2. En torno al concepto de globalización	47
3. Dimensiones fundamentales en que se está produciendo la globalización.	50
4. La globalización cultural	61
5. La educación frente a la globalización	64
CAPITULO 3. LA EDUCACIÓN ANTE EL PROBLEMA DE LA CONSERVACIÓN DE LA NATURALEZA: POR UN CRECIMIENTO SOSTENIDO, EN PAZ Y EN DEMOCRACIA ..	83
1. Entre los dos límites	83

2. Más allá de los límites del crecimiento	90
3. Más allá de los límites de los insumos globales	104
4. Ni sobrepasamiento ni colapso.....	108
5. Propuestas de acción a favor de una sociedad de crecimiento sostenido ..	112
CAPITULO 4. LA EDUCACIÓN ANTE UNA SOCIEDAD PLURALISTA Y ABIERTA, ANTE UNA SOCIEDAD MULTICULTURAL O MULTIÉTNICA Y ANTE LOS NACIONALISMOS Y LAS MINORÍAS ETNOCULTURALES	125
1. Sociedad pluralista <i>versus</i> sociedad plural.....	125
2. El patriotismo	133
3. Estados-nación, nacionalismos y minorías etnoculturales ante la multiculturalidad.....	139
4. Multiculturalidad y derechos diferenciados <i>versus</i> derechos fundamentales.....	143
5. La educación multicultural.....	156
CAPITULO 5. LA EDUCACIÓN Y LA CULTURA ENTRE LA MODERNIDAD Y LA POSTMODERNIDAD: SUS LUCES Y SOMBRAS	167
1. El advenimiento de la modernidad.....	167
2. ¿Qué significó la Modernidad para la historia de Occidente?	172
3. ¿Qué reconceptualizaciones aportó la Modernidad?	191
4. ¿Cómo reaccionó la educación frente a la Modernidad?.....	205
5. ¿Adónde nos está conduciendo el Modernismo en su segunda fase?	217
CAPITULO 6. LA EDUCACIÓN ANTE EL ADVENIMIENTO DE LA SOCIEDAD DEL SABER Y LA REFORMA DEL MERCADO DE TRABAJO	223
1. El advenimiento de la sociedad postcapitalista del conocimiento	223
2. ¿Cuál es el futuro del trabajo humano en la sociedad postindustrial del saber?.....	234
3. Los escenarios laborales del futuro	243
4. ¿Qué sistema multiestratificado de actividades productivas se configura?..	254
5. ¿Qué educación demanda una sociedad del saber?	270
CAPITULO 7. LA EDUCACIÓN ANTE LA EVOLUCIÓN DEL PENSAMIENTO Y DEL CONOCIMIENTO HUMANO	283
1. El largo, complejo y azaroso proceso evolutivo	283

2. De la filogénesis a la ontogénesis mental	296
3. El excepcional y trascendental proceso de humanización	315
4. El debate entre la racionalidad y la experiencia.....	336
5. Repercusiones y derivaciones del pensamiento filosófico modernista	349
CAPITULO 8. LA EDUCACIÓN ANTE NUESTRA ERA POSTÉTICA: DE UNA ÉTICA DEL DEBER, DE OBLIGACIÓN, A UNA ÉTICA MÍNIMA Y DE DERECHOS	353
1. De una cultura con una ética del deber a la cultura posmoralista de los derechos	353
2. La negación moderna de la naturaleza humana	367
3. Las crisis de identidades y formas identitarias	380
4. En busca del principio de humanidad	396
5. En busca de un fundamento ético universalista y único	403
CAPITULO 9. LA EDUCACIÓN ANTE SU PROPIA CRISIS MUN- DIAL: LA EDUCACIÓN A DEBATE, REVISIÓN Y DIAGNÓSTICO	411
1. La educación en crisis a debate	411
2. La crisis mundial actual en la educación	433
3. Discordancias, disarmonías y disfunciones básicas	450
4. La lucha de la sociedad y del Estado por el control de la escuela	455
A MODO DE EPÍLOGO	477

Presentación

A través de este amplio, exhaustivo y muy bien documentado ensayo del profesor Roig-Ibáñez, titulado *La Educación ante un Nuevo Orden Mundial: Diagnósticos y reflexiones en torno a los nuevos problemas que le plantean el nuevo ordenamiento mundial*, se nos ofrece un análisis, diagnóstico y descripción, realizados con un profundo rigor intelectual, reflexión crítica y sentido ético, en relación con los principales problemas y desafíos que, a causa de los trascendentales cambios demográficos, culturales, políticos y socioeconómicos producidos tras los llamados «Treinta Años Gloriosos (1945-1975)», se le plantean, a juicio del autor, a nuestra sociedad del siglo XXI, con el advenimiento a nivel mundial, de un nuevo ordenamiento político, social, económico, ético y cultural surgido, según los diversos expertos tratadistas de actualidad, educadores, psicólogos, politólogos, historiadores y sociólogos, a partir de la segunda mitad del pasado siglo XX, y más concretamente, tras los terribles atentados terroristas del 11-S, en Nueva York. Formulado con lenguaje preciso, claro y ameno, que hacen fácilmente accesible e interesante su lectura y estudio, el profesor Roig-Ibáñez nos ofrece este novedoso, atrevido y documentadísimo ensayo dirigido, sin reservas, a todos los públicos, a todos los lectores y sectores sociales preocupados por los trascendentales problemas, incertidumbres y desafíos que ya nos está deparando la educación y formación de nuestros hijos, sean educadores, dirigentes, padres, o simples lectores interesados en dichos temas.

Partiendo de los tristes acontecimientos ocurridos el 11 de septiembre de 2001, con ocasión del brutal atentado contra las «Torres Gemelas» de Nueva York, *el primer gran atentado terrorista internacional del siglo XXI con el que se producía la primera crisis mundial del nuevo siglo*, a fin de contextualizar y enmarcar temporalmente el origen de dichos problemas, el profesor Roig-Ibáñez acomete, de forma rigurosa y profunda, sus diagnósticos, reflexiones y propuestas en torno «a la con-

servación del medio ambiente y la necesidad del crecimiento sostenido; en relación con los efectos de la globalización, o de la mundialización que nos están conduciendo a una sociedad abierta, plural y multiétnica, o multicultural». Y, tras detenerse, mediante una documentadísima revisión histórica sobre «la educación y la cultura entre la Modernidad y la Postmodernidad», se enfrenta con uno de sus temas predilectos, cual es la reforma del mercado laboral con la llegada de la Era del Saber y de los Intangibles, el advenimiento de la precariedad del empleo y sus exigencias de nuevas modalidades educativas y de orientación profesional. Con idéntica profundidad y sentido crítico afronta el problema de «la reforma del pensamiento y sus repercusiones sobre la educación, sobre todo con el advenimiento de la era postética, de una ética mínima y sin responsabilidades que está desvirtuando todos los valores que, tradicionalmente, han servido de objetivos y referentes de la educación». Para terminar con el tema central, «la crisis mundial de la educación», donde el profesor Roig-Ibáñez se arriesga a describir las tres «Teorías de la Educación» que, a su juicio, sirven de fundamento teórico y normativo a los dirigentes políticos, agentes económicos, culturales y profesionales de la educación para articular legislativamente los sistemas educativos que responden de la formación de nuestras generaciones actuales para un futuro lleno de incertidumbres.

Finalmente, cabe destacar, como una importante y destacada ventaja para el lector, el que, debido a la estructuración del trabajo concebida por el autor, cada uno de sus temas se pueden leer en cualquier orden e independientemente uno del otro, ya que, cada uno de sus capítulos constituyen, en sí y por sí mismos, un estudio completo, acabado y suficiente que, ni implica la previa lectura de los temas anteriores para comprender los siguientes, ni entorpece la asimilación adecuada de cada uno de los temas previos y de todo el trabajo el empezar su lectura en cualquier sentido, u orden. Se trata de una «lectura a la carta», de la que cada lector, se sirve su tema o temas según sus preferencias...

La educación ante un nuevo orden mundial

*“Novus ordo seclorum est natus”
(Un nuevo orden mundial ha nacido)*

Virgilio

1. LA PRIMERA GRAN CRISIS MUNDIAL DEL SIGLO XXI: CRONOLOGÍA DE LOS HECHOS QUE SE PRODUCERON EN ESTADOS UNIDOS EL DÍA QUE CAMBIÓ EL SIGNO DE LA HISTORIA.

Día 11 de septiembre de 2001. Las 8:45 horas en EE UU; las 14:45 en España. Un Boeing 767-200ER comercial de la American Airlines, vuelo 11, que cubre la ruta diaria de Boston a Los Ángeles, es secuestrado en pleno vuelo con 92 personas a bordo –81 pasajeros, 2 pilotos y 9 auxiliares de vuelo– y es lanzado violentamente contra la Torre Norte del World Trade Center, del barrio de Manhattan en Nueva York, de 110 plantas y 419 metros de altura, sobre la que se levanta la antena de comunicaciones, estrellándose a la altura del piso 80 y provocando un gigantesco incendio en las 30 últimas plantas, sembrando el asombro, el terror, el pánico y el desconcierto general entre la población. ¡La capital financiera mundial acaba de ser sorpresiva y alevosamente atacada por el terrorismo internacional...!

¡Pocos minutos después, a las 9:03 hora local, las 15:03 hora española, un segundo avión comercial Boeing 767-200ER de la United Airlines, vuelo 175, que sirve la misma ruta diaria de Boston a Los Ángeles es asimismo, secuestrado en pleno vuelo con 65 personas a bordo –56 pasajeros, 2 pilotos y 7 auxiliares de vuelo– y, ante las cámaras de televisión y los ojos atónitos de todo el mundo, se estrella contra la segunda Torre Gemela, la Sur, a la altura del piso 40, afectando su terrible impacto hasta las plantas 73 a 77, que se ven envueltas en un devastador frente de llamas y explosiones, en medio del desolador y dantesco espectáculo provocado por tan descomunal y brutal atentado.!

Acto seguido, y cuando las cadenas de televisión del país empezaban a denunciar un probable atentado terrorista, a las 9:45 hora local, las 15:45 hora española, un tercer avión comercial Boeing 757-200, vuelo 77, de American Airlines, cuya ruta diaria discurre entre Dulles (Washington) y Los Ángeles, es asimismo secuestrado y desviado con 64 personas –58 pasajeros, 2 pilotos y 4 auxiliares de vuelo– y es es-

trellado contra el edificio de cinco pisos del Pentágono, sede principal de las Fuerzas Armadas estadounidenses, ubicado en Virginia, en las afueras de la capital, a orillas del río Potomac, causando el incendio graves destrozos en el ala oeste: ¡el centro neurálgico de defensa de Occidente acaba de ser víctima del terrorismo internacional!

¡El mundo no sale de su asombro mientras el personal del Departamento Militar es evacuado en medio del terror, la desolación y el desconcierto. Empiezan a oírse voces de represalia inmediata, junto con propuestas de prudencia, solidaridad y ayuda internacional, mientras la investigación ya apunta como responsable máximo al millonario saudí Osama Bin Laden, al que se supone escondido y custodiado por el régimen talibán de Kabul en las zonas montañosas contiguas a Afganistán.! América se siente alevosamente humillada y violada, y una corriente exacerbada de patriotismo se extiende por todo el país.!

Aproximadamente a las 10:05 hora local, 16:05 hora española, la Torre Sur, la segunda que recibió el suicida impacto, se derrumba estrepitosamente sobre sí misma en medio de un estruendoso espectáculo; y a las 10:38 aproximadamente, hora local, las 16:38 hora de España, la Torre Norte, la primera que sufrió el atentado terrorista, se desploma y cae verticalmente sobre su base, provocando una desastrosa e infernal reacción en cadena que convierte las dos Torres Gemelas de 110 plantas y 411 metros de altitud—símbolos de la primera urbe americana— en una descomunal montaña de escombros de más de cinco pisos de altura: ¡el acero de sus estructuras superiores, cuyo peso superaba las 35.000 toneladas, en medio de temperaturas de más de 1.000°C, se comba, cede y se viene abajo, desplomándose ambas torres sobre sus plantas inferiores, en medio de un infierno de explosiones y llamas, de escombros, nubes de polvo y humo, y de cuerpos que caen o que se lanzan de forma suicida al vacío en busca de salvación!

¡Las dos majestuosas y gigantescas Torres Gemelas del World Trade Center de Nueva York, símbolo mundial del potencial económico y financiero de los Estados Unidos de América del Norte, donde diariamente trabajaban alrededor de 50.000 empleados y que eran visitadas por cerca de otras 165.000 personas, en un atentado sin precedentes desde el trágico ataque japonés contra la base naval de Pearl Harbor en diciembre de 1941, ceden, mutiladas y derruidas, desplomándose sobre sus 930.000 metros cuadrados de superficie, víctimas del terrorismo radical internacional!

En torno a las 10:10 hora local, las 16:10 hora de España, se derrumba parte del Pentágono, tras desalojarse cerca de 24.000 personas que trabajaban en el propio edificio y confirmarse por el Departamento de Defensa que se habían producido varias muertes. Acto seguido, hacia las 10:22 hora local y 16:22 hora española, estalla un coche bomba a las puertas del Departamento de Estado, que resulta preso de las llamas.

El caos y el pánico se extienden por Nueva York y a las 10:35 hora local, las 16:35 hora española, Wall Street suspende indefinidamente la apertura de la bolsa; los restantes mercados financieros americanos y europeos siguen su ejemplo...

En pleno desconcierto, desolación y terror, a las 10:48 hora local, las 16:48 horas de España, otro Boeing 757-200, vuelo 93, de United Airlines, secuestrado con 45 personas a bordo (38 pasajeros, 2 pilotos y 5 auxiliares de vuelo), que cubre el trayecto regular desde Newark a San Francisco, se estrella en Sommerset, cerca de Pittsburgh, del estado de Pensilvania, en plena zona rural, tras, al parecer, haberse li-

brado en pleno vuelo violentos y desesperados enfrentamientos entre el pasaje y los secuestradores terroristas.

Por último, a las 11:59 hora local, las 17:59 hora española, otro avión de la American Airlines se estrella en los alrededores de Camp David, Virginia, donde tiene su segunda residencia el presidente norteamericano George W. Bush.

Tras conocerse que un cuarto avión secuestrado se había estrellado en el estado de Pensilvania, se suspenden, a las 10:55 hora local, 16:55 hora española, todos los vuelos sobre el espacio aéreo nacional –680 aviones–, que queda reservado para los cazabombarderos y helicópteros de las Fuerzas Aéreas, en misión de reconocimiento y defensa.

A las 17:20 hora local, las 23:20 hora española, el devastador y dantesco espectáculo provocado sobre Nueva York se consuma con el derrumbamiento del edificio número 7, consecuencia de las detonaciones, sacudidas e impactos de escombros recibidos de las desaparecidas torres gemelas, y acaba pasto de las llamas, dejando en su entorno un ambiente de desolación, destrucción y muerte; se calculan, en primera estimación oficiosa, en torno a las 20.000 personas desaparecidas.

¡El Empire State, de 200 metros de altura, queda solitario, y otra vez como el punto de mira más elevado de Nueva York en medio de la desolación y el pánico.!

¡Se acaba de producir el primer atentado terrorista internacional del siglo XXI!
¡Se acaba de producir la primera crisis mundial del nuevo siglo!

Todos los comentaristas y observadores políticos del mundo occidental coinciden en afirmar que, desde el fin de la Guerra Fría y la caída del Muro de Berlín, en 1989, esta gran y grave crisis mundial del nuevo siglo XXI no se produce a consecuencia de un ataque militar o guerra convencional entre países aliados o alineados por intereses políticos, económicos o estratégicos, sino en forma de ataques terroristas urbanos, perpetrados en escenarios no bélicos, en grandes ciudades o núcleos urbanos, en instituciones comercial-financieras y en centros estratégico-defensivos, a cargo de organizaciones fundamentalistas extremistas y terroristas, como ahora al-Qaeda de Osama Bin Laden y su *yihad*.

Se cumplen las previsiones, conjeturas y dictérios de Huntington y Enzensberger, según los cuales los próximos enfrentamientos bélicos del siglo XXI no se llevarán a cabo mediante guerras convencionales, sino mediante conflictos bélicos entre tribus y Estados de diferente etnia o civilización; y mediante ataques terroristas a gran escala y multilocales, a cargo de bandas o grupos sediciosos, de organizaciones mafioso-financieras o alianzas fundamentalistas –como en este caso– que tratarán de desestabilizar, chantajear y suplantar el poder legítimo de los propios Estados democráticos y competir internacionalmente con las grandes potencias occidentales, «dentro del megaestado global en que viviremos».

Y todo ello, prosigue Huntington, ex asesor de la administración Carter, «no se producirá por causas ideológicas o políticas, económicas o demográficas, sino por causas culturales: se tratará de un enfrentamiento entre civilizaciones como conflictos de línea de fractura entre estados o países de diferente civilización, o como conflictos entre estados centrales», señala el experto analista. Y en primera fila de tales conflictos se encontrarán los musulmanes de los Estados Unidos y del resto del mundo occidental.

«Una guerra convencional, a escala planetaria, en la que participen los estados centrales de las principales civilizaciones del mundo», añade Samuel P. Huntington,

«es muy improbable que se produzca, pero no es imposible. Una guerra así solo podría producirse a partir de la intensificación de una guerra de línea divisoria entre los grupos de diferentes civilizaciones, entre los que, muy probablemente, estarán, de un lado, los no musulmanes, y de otro, los musulmanes», con los que tenemos los occidentales graves discordancias en relación con el credo liberal de nuestro individualismo y de sus derechos humanos, como son la igualdad del hombre y la mujer, la libertad, la economía de mercado y la separación entre la religión y el Estado.

Algo muy parecido a lo ocurrido fue descrito de forma novelada por Tom Clancy en 1996, en su trilogía *Órdenes ejecutivas*, en la que maquina una compleja trama a cargo de un grupo de extremistas islámicos que organiza una operación, a gran escala, contra los EE UU, lanzando un piloto suicida su Boeing 747 contra el Capitolio de Washington. A través de esta premonitoria novela de Clancy, la propia realidad, en esta ocasión, sí superó con creces la ficción, y sus escalofriantes descripciones del espectáculo dantesco que tuvo lugar a través del atentado kamikaze se reprodujeron con mayor espectacularidad, crudeza y pavor sobre el suelo norteamericano...

¡El minucioso y preciso relato novelesco de la estremecedora ficción de aquellos hechos imaginados por Tom Clancy fue una terrible premonición del apocalipsis que se iba a producir aquel «martes negro», día 11 de septiembre del año 2001!

¡Exactamente, así acababa de ocurrir y de confirmarse tales vaticinios!

¡De pronto, se han cambiado los criterios internacionales sobre fronteras, sobre zonas contiguas en conflicto y sobre enemigos. Y las dubitativas alianzas occidentales con Bush, en relación con su complejo y fantasioso escudo antimisiles, al que ha sido fácil sorprender y superar *por un reducido grupo de iluminados suicidas, armados con sacacorchos, con ganzúas, limas y cuchillos, dispuestos a tomar un avión rumbo al paraíso*, han tenido que enfrentarse a la nueva realidad de una guerra sin frentes, sin escenarios bélicos delimitados y sin enemigos definidos!

Por ello, la guerra que el presidente Bush anunciaba a través del Congreso, se le antojaba como una «larga contienda de coaliciones formadas por occidente, concebidas como guerras preventivas, en muchos casos, contra aquellos países que amparan o que acogen grupos terroristas»; guerra que, según opiniones y manifestaciones de soberanos y presidentes islámicos, mas o menos moderados, tiene su origen en el siglo anterior con la *intifada* palestina, la guerra ruso-afgana y los genocidios de Chechenia, Kosovo y Bosnia, por lo que, con toda seguridad, se prolongará a lo largo de todo el siglo XXI, empezando con la guerra afgana contra el gobierno de los talibanes, y continuando con la guerra de Irak contra el régimen de Sadam Hussein.

2. REACCIONES, COMENTARIOS Y DECLARACIONES EN TORNO A LAS CONSECUENCIAS DE DICHAS ACCIONES TERRORISTAS: EL FUNDAMENTALISMO ISLÁMICO FRENTE A OCCIDENTE.

Los movimientos radicales de Oriente Próximo empiezan a rechazar cualquier tipo de implicación en los luctuosos ataques: el movimiento chií libanés Hezbolá se niega a comentar los hechos, a pesar de que varios grupos chiitas relacionados con Irán integran el movimiento radical de la *yihad* islámica, cuyo alto responsable Nafez Azzam, en la franja de Gaza, afirmaba que «lo que acaba de suceder en EE UU

es consecuencia de la política estadounidense en el Oriente Próximo, contraria a los intereses del mundo islámico, si bien estamos en contra de la muerte de inocentes».

Oficiales del Frente Democrático de Liberación Palestina se aprestan a rechazar su complicidad con el brutal atentado terrorista y el portavoz oficial del *bureau* político del Frente Popular de Liberación de Palestina (FPLP), integrado en la Organización para la Liberación de Palestina (OLP), Maher Taher, afirma desde Damasco que nada tienen que ver con los graves incidentes; mientras, el presidente palestino Yaser Arafat condena con gran dureza el ataque «en nombre propio y de todo el pueblo palestino, enviando nuestras condolencias a los estadounidenses, a su presidente George W. Bush y al Gobierno de los EE UU», a la vez que refugiados del campamento de Ain el Hilweh, al sur del Líbano, con estruendosa y patética euforia callejera, «agradecen a Alá su gran venganza» y unas 2.000 personas se manifiestan con desbordado júbilo por las calles de Nablás, en Cisjordania, disparando al aire, haciendo sonar las bocinas de sus coches, profiriendo insultos contra los EE UU, ante las cámaras de la televisión mundial, y lanzando loas de gratitud y vítores de gloria a favor del caudillo saudí Bin Laden.

Seguidamente, se producen los desmentidos: el gobernador de Nablás, Mahmud Aloul, asegura que las manifestaciones de júbilo por las calles de dicha ciudad hacia Bin Laden, tras los atentados de EE UU, han sido tergiversados por la prensa occidental, pues los gritos coreados eran los de *Alá es grande*, en contra del asedio israelí de Yenín, y no *Bin Laden, ataca Israel*, contra EE UU. La reivindicación del atentado hecha desde el exilio por el propio FDLP, capitaneado por Nayef Hawatmeh, es inmediatamente rechazada, a la vez que George Habash, líder del FPLP, se suma a los desmentidos y le pide a EE UU que «olviden las amenazas proferidas públicamente el día 27 de agosto».

Por su parte, el régimen talibán de Kabul (Afganistán), donde reside Osama Bin Laden, desmiente cualquier tipo de intervención y responsabilidad del millonario saudí en los atentados perpetrados contra los EE UU y condena dichos ataques, al tiempo que apela a la comunidad árabe para enfrentarse a los Estados Unidos si decide atacarles, invocando la Guerra Santa contra Norteamérica, y amenazando a aquellos países que les faciliten apoyo militar o logístico. A la vez, el embajador talibán en Pakistán calificaba dichos ataques de terroristas y pedía que se iniciase una investigación a nivel mundial.

Mientras, afectados por la xenofobia desatada entre la población americana contra los árabes y aunque resultase inusual y equívoco, representantes de la comunidad musulmana, sintiéndose inocentemente implicados y perversamente aludidos en el terrible atentado a causa de su procedencia islámico-fundamentalista, piden públicamente perdón al pueblo norteamericano por tal masacre y condenan el atentado afirmando que no todos los árabes o musulmanes son terroristas.

¡Wall Street, la bolsa de Nueva York, faro de la economía y las finanzas mundiales, situada a escasas manzanas de las dos Torres Gemelas rodeada de vallas y custodiada por la policía, cierra sus puertas! ¡Las bolsas de América, Europa y Asia se desploman. Los expertos pronostican una grave crisis económica que exige y demanda medidas extremas e inmediatas. ¡La OEA, la OTAN y la UE instan a sus miembros a formar un frente común contra el terrorismo internacional. Se refuerzan e intensifican las medidas de seguridad en relación con el tráfico aéreo y con las embajadas americanas en todo el mundo. Los gobiernos e instituciones políticas y mi-

litares occidentales, la UE y la OTAN, constituyen gabinetes de crisis a la espera del desarrollo de los acontecimientos y ponen en acción todos sus órganos de defensa!

¡La Quinta Flota americana permanece anclada en el puerto principal de Bahrein. Se activa la alerta máxima de la mayor base aérea norteamericana emplazada al norte de la capital de Arabia Saudí, Riad. Dotaciones de la Marina norteamericana patrullan por las costas de Kuwait y todo el golfo pérsico «para evitar –desde 1990– que Irak incumpla el severo embargo económico internacional»!

Rusia pone en alerta inmediata a 25.000 soldados en Tadzhiistán, la ex república soviética limítrofe con Afganistán; la OTAN pone sus defensas a disposición de EE UU a través de su secretario general, G. Robertson; el español Javier Solana, alto representante de la UE, apela a la creación de una coalición mundial antiterrorista; y el presidente español, J. M. Aznar, ofrece todos sus medios y bases, cuyos destacamentos de Rota y Morón están en alerta máxima, para hacer frente al enemigo común.

Y ante el desconcierto de la población norteamericana y el estupor de la opinión mundial por el macabro y luctuoso atentado terrorista que acaban de contemplar, surge un sentimiento generalizado de incertidumbre, angustia, temor, zozobra y pánico por el brutal, alevoso e inaudito ataque, junto con rabia, odio y venganza, más o menos explícitos, contra el iluminado y fanático enemigo internacional Osama Bin Laden, que, al frente de una compleja red o trama terrorista mundial, al-Qaeda, por primera vez en la historia de la modernidad, producía un brutal ataque terrorista en un escenario no bélico, contra la población civil de una gran ciudad, al tiempo que irrumpe entre la sociedad estadounidense una profunda xenofobia contra los árabes.

Las voces más autorizadas y representativas de los principales líderes mundiales no tardan en expresar su estimación de los hechos y su firme actitud ante ellos:

Gerhard Schröder, canciller alemán, afirma que dichos atentados «constituyen una declaración de guerra contra todo el mundo civilizado».

Vladimir Putin, presidente de Rusia, expresa a su homólogo americano, George W. Bush, el deseo y la necesidad de que dichos bárbaros atentados terroristas «no queden sin castigo».

El *Premier* británico, Tony Blair, hace un llamamiento a las democracias para aunar fuerzas y «erradicar el terrorismo de masa».

El presidente de la Comisión Europea, Romano Prodi, horrorizado por los atentados, se solidariza con EE UU y le promete «su total apoyo».

El *Premier* israelí, Ariel Sharon, «muestra su profundo pesar por las víctimas de los atentados terroristas».

Sadam Hussein, presidente de Irak, guarda un expresivo y delator silencio. Es el único gobernante árabe que no presenta sus condolencias a Washington y asegura que EE UU «recoge las espinas de su política».

El Papa expresa su profundo horror ante lo ocurrido e insta a Washington a que considere juiciosamente sus medidas de reacción, y «que no ceda a la tentación del odio».

Y el presidente norteamericano, George W. Bush, desde Florida, y poco después desde la propia Casa Blanca, comparece ante los medios de comunicación afirmando que buscará, encontrará y castigará a los culpables por todo el mundo, prometiéndoles a sus compatriotas que «este bárbaro atentado no quedará impune y que nunca olvidaremos este día. Lo prioritario ahora será atender a los heridos, enterrar

nuestros muertos y asegurar la protección de los ciudadanos estadounidenses frente a posibles ataques. Pero la búsqueda de los autores de este asesinato en masa ya ha comenzado; no distinguiremos entre terroristas y quienes les protegen».

A la vez, ya apunta como principal instigador del ataque a Osama Bin Laden y a sus aliados fundamentalistas radicales, organizados internacionalmente, como: la *Yamá al Islamiya* y la *yihad*, con sede en Egipto; la GIA o Grupo Islámico Armado, próximo al FIS argelino e integrado, en su mayor parte, por veteranos mercenarios de la guerra ruso-afgana; la Hamás, movimiento de resistencia islámica, y la *yihad* islámica o guerra santa islámica, ambos con base de actuación en Israel; y Hezbolá, el Partido de Dios, protegidos por Irán, Siria y Líbano.

En iguales tonos de dureza se manifiestan el secretario de Estado, Colin Powell, los principales líderes parlamentarios y el resto de Estados miembros de la OTAN que, por vez primera desde la fundación de la organización, deciden poner en vigor el artículo 5º de su constitución básica, según el cual «cuando un Estado miembro de la Organización sea atacado por una potencia extranjera, se considerará por sus miembros como un ataque a su propia soberanía».

Prosiguen las arduas tareas de rescate de supervivientes entre los escombros de Manhattan, en medio de peligros y amenazas de derrumbe; los hospitales se inundan de afectados por la catástrofe, calculándose, en principio, entre 20.000 y 30.000 personas, entre muertos y desaparecidos; las jornadas de oración y de luto nacional concentran a fieles y políticos en los templos, a la vez que inundan plazas y calles de las distintas ciudades norteamericanas con velas encendidas y coronas de flores entre impresionantes silencios de la población. ¡Una ola de frenético patriotismo se extiende por todo el país, tras los primeros momentos de estupor, como no se recordaba desde Pearl Harbor!

Mientras, se empiezan a recibir testimonios personales y relatos escalofriantes de quienes salvaron milagrosamente la vida, así como las últimas y dramáticas llamadas que realizaron, a través de sus móviles, los aterrorizados pasajeros que viajaban en los aviones secuestrados, y que se sucedieron hasta que, a las 10:10 hora local, el Boeing 757-200 se estrellaba 120 kilómetros al sureste de Pittsburgh, sin supervivientes. ¡Y todo apunta a que en dicho vuelo 93 de la United Airlines, estrellado en las cercanías de la pequeña localidad de Shanksville, con apenas 250 habitantes, del estado de Pensilvania, se desarrolló, antes de la tragedia, un dramático y heroico enfrentamiento del pasaje con sus secuestradores, consiguiendo, con toda seguridad, frustrar sus planes, evitar otra hecatombe y que la muy presumible tragedia fuera menor!

Entre los nombres propios destacan los de Jason Dahl, piloto, quien, al parecer, decide estrellar el avión antes que entregarlo; Thomas E. Burnett, directivo farmacéutico de San Francisco, quien insta y alienta a todos a la rebelión, en contra del consejo de su esposa Deena; Mark Bingham, relaciones públicas, quien se despide de su madre a la vez que le describe la crítica situación; y Jeremy Glick, empleado de Internet, quien se despide de su esposa Lisbeth antes de ir a morir... «Nunca se sabrá a ciencia cierta la verdad de los hechos; pero queda en el ánimo del pueblo la sublime hipótesis y heroica probabilidad de que el avión no alcanzó su objetivo porque sus 45 víctimas, entre tripulantes y pasajeros, decidieron morir matando.»

Pero en el ánimo de los que acaban de vivir, en los albores del recién nacido siglo XXI, los terribles acontecimientos, ven cómo se abre un dietario de odios y

muerte bajo el signo de la «globalización del terrorismo y la política mundial del odio entre culturas».

Como consecuencia de los hechos producidos y de los que se van produciendo, una frenética, generalizada e indiscriminada xenofobia contra los árabes irrumpe entre la sociedad norteamericana y se extiende por el país, a pesar de los desmentidos, desmarques, condolencias y declaraciones de gran parte de los musulmanes nacidos o residentes en Estados Unidos, como lo expresa Mahdi Bray, presidente del Consejo Coordinador de las Organizaciones Musulmanas, precisando que, «al igual que si un fanático cristiano comete un crimen no se le etiqueta automáticamente como un terrorista cristiano, no todos los árabes son terroristas».

Pero lo cierto es que el odio que surge, de pronto, de la identificación que se hace entre árabe-musulmán-islam con terrorismo, no se mantiene, contra la opinión de Bernard Lewis, quien busca sus raíces entre los *hashishin* medievales, puesto que terrorismo se produjo en todas las culturas, religiones y épocas, desde el catolicismo de la Inquisición, a la ortodoxia judaica, al fanático espiritualismo oriental y al radicalismo islámico con sus *yihad*; desde Europa y Asia hasta América del Norte; entre etnias, tribus y nacionalismos extremistas; entre culturas de Oriente y de Occidente... Pero, tras los atentados, los árabes y musulmanes de Estados Unidos se encuentran en primera línea del conflicto que se acaba de reproducir entre civilizaciones orientales y occidentales. ¿Por qué? De pronto, en la mente de los norteamericanos resurge la airada reacción nacional registrada en 1995, tras el brutal atentado perpetrado contra la delegación del gobierno federal en Oklahoma, que se saldó con 168 muertos y más de 400 heridos, y que, erróneamente, en principio, se les atribuyó a los fundamentalistas islámicos.

A pesar de las llamadas al orden de las autoridades, empezando por las del propio presidente Bush, quien advierte que la condena y la venganza no van dirigidas contra los musulmanes, de forma indiscriminada se multiplican las amenazas, los actos de vandalismo contra mezquitas, instituciones, colegios y personas: ser musulmán, en EE UU, se convierte, de pronto, en una auténtica prueba de fe, especialmente para los más de tres millones de árabes americanos distribuidos entre Miami, San Francisco, Boston, Nueva York, Los Ángeles y, sobre todo, en Detroit, la cuna industrial del automóvil, donde se concentra la mayor parte de inmigrantes árabes y dicha comunidad dispone de docenas de escuelas, mezquitas, sedes sociales y centros culturales.

El atentado terrorista contra Nueva York y Washington provoca un trascendental debate sobre «lo que significa ser ciudadano de los Estados Unidos en dicho país para los inmigrantes islamistas residentes y nacionalizados, y para los norteamericanos islámicos; y qué valores defiende esta sociedad». En Wyoming, una madre que, con el típico pañuelo *hiyab*, está haciendo compras con sus hijos en una tienda Wal-Mart, era expulsada con gritos e insultos, cuando la gran tragedia para esta mujer y sus hijos era que los Estados Unidos es su único país. ¡Islam y terrorismo resultan una identificación peligrosa!

Jean AbiNader, del Instituto Árabe Americano con sede en Washington, que tiene un cuñado desaparecido entre los escombros del World Trade Center, reconoce el grave daño producido por las imágenes de júbilo y loas por Oriente Medio; por la irracionalidad de los festejos protagonizados por irresponsables que creen «que esta tragedia es voluntad de Alá y una cuestión de justicia cósmica». Y James Zogby,

presidente de dicho Instituto Árabe Americano, al tiempo que recordaba que tenía familia, deudos y amigos que trabajan en las Torres Gemelas y el Pentágono, temía que mirándolos por encima de los hombros, se les señalara con el dedo y se les estigmatizara como asesinos.

En las zonas suburbanas de Detroit, como Darbon, uno de cada tres americanos miran cada mañana hacia La Meca, y en su mente recuerdan estos días la histórica tragedia de los 120.000 japoneses y americanos internados en los campos de concentración, tras el brutal ataque contra Pearl Harbor, en diciembre de 1941. Y muchos se apresuran a comprar banderas norteamericanas para exhibirlas en sus casas, en sus coches y en su solapa.

Pero el fuerte retroceso de imagen de la población islamita no alcanza a frenar el odio que, con el recuerdo de Oklahoma, se extiende por el país: «De lo que ya se pueden despedir los árabes americanos y, especialmente, los no americanos, es de no ser estrechamente vigilados cuando vuelvan a poner su pie en un aeropuerto de los EE UU», afirma el corresponsal de *ABC* en Washington. «Durante años, activistas de esta minoría han intentado persuadir a la Administración Federal de Aviación para que se prohibieran controles y registros en base a diferencias raciales. Y el propio *establishment* americano, a través del Senado, para evitar injusticias, aprobó por 98 votos contra cero una resolución por la que se condenaba toda discriminación contra los árabes americanos, a cuya decisión se sumarían la Casa Blanca y el Departamento de Justicia».

Y lo más negativamente significativo es que el odio, la desconfianza y el rechazo se han extendido a personas de otras religiones orientales, como los inmigrantes indios o paquistaníes, por sus vestimentas, usadas por Bin Laden. Hasta a las tolerantes California, Nueva York y Washington les resulta muy difícil garantizar la seguridad de quienes rezan en sus templos sin daños colaterales, especialmente sobre la ruta 7, que enlaza la capital federal con su aeropuerto internacional de Virginia.

En otro orden de consecuencias, el trágico ataque terrorista perpetrado contra las Torres Gemelas de Nueva York conmociona el mundo financiero y hace cundir el pánico entre los inversores, que se apresuran a malvender sus acciones ante el fantasma de una recesión económica mundial, recordando la depresión del año 29; el temor se extiende por las principales bolsas americanas, europeas y asiáticas, tras el cierre de Wall Street durante cuatro días, experimentándose caídas de más del 4%, que llevaron sus índices a los niveles de hacía tres años: en Alemania, el índice Dax cayó más de un 11%, por debajo de los 4.200 puntos; la bolsa de Londres, evacuada por las autoridades a fin de poder asegurar la continuidad de todas las cotizaciones, acumulaba pérdidas del 5,45%, con lo que se situaba en los 4.759 puntos; París perdía un 7,28%, situándose en los 4.064 puntos, mientras Milán cedía un 7,24%; y Madrid se desplomaba hasta el 4,67% marcando el mínimo anual consecutivo de los 714,77 puntos, acumulando pérdidas cercanas al 19%; en tanto que México cerró sus puertas tras caer un 8% en breves instantes.

Todas estas caídas no arrastraron a los mercados bursátiles mundiales al desastre final debido al recorte de medio punto en los tipos de interés con que el Banco Central de Europa colaboró, secundando a la Reserva Federal norteamericana, realizándose una ayuda concertada de 80.000 millones de dólares por parte de los bancos centrales de las grandes potencias y por la Reserva Federal, con lo que pudieron recuperarse y reaccionar todas las bolsas mundiales.

Pero la importancia del fenómeno, y los temores consiguientes, se acrecentaban por el hecho de que, hasta ese momento, las repercusiones bursátiles jamás habían afectado a la vez a los tres motores de la economía mundial, EE UU, Europa y Japón. Y, de otra parte, el otro precio estabilizador de la economía mundial, el precio del petróleo, también acusó la inestabilidad de la situación política al afectar tanto al coste del barril –que se disparó– como al consumo por su repercusión en la inseguridad de los vuelos: en Nueva York cesó el mercado petrolero, subiendo el precio del oro de los 271,1 dólares por onza a los 285,15 dólares, lo que se debía a que esta divisa resultaba vulnerable al terrorismo y los inversores buscaban monedas, como el franco suizo, más seguras. En Londres, el índice FTSE-100 cayó hasta los 200 puntos; el CAC-40 francés cayó en un 4,25%; el Euro Stoxx 50 cedía hasta el 5%, situándose en los 3.267 puntos, mientras que Francfort alcanzaba un 9,07% de pérdidas.

Todos los expertos, como Mark Austin, analista del banco británico HSBC, y Nick Parsons, economista de Commerzbank, coinciden en afirmar que los síntomas de la recesión se harán sentir inmediatamente, y los efectos de esta crisis económica empezarán a repercutir en los precios y valores del último trimestre de 2001 si no se adoptan planes conjuntos para frenar su globalización y el efecto dominó que se va a producir.

De otra parte, el caos aéreo que se produjo en Nueva York, en medio del asombro, sorpresa y confusión, se extendió a todos los continentes, afectando a la seguridad general pasajeros y compañías aéreas, tanto por la vulnerabilidad de los controles sobre personas y aparatos como por la inseguridad de aeropuertos y vuelos, que exigen sistemas y servicios de inteligencia más sofisticados, y, en última instancia, por las enormes indemnizaciones económicas (pólizas) que les corresponderá cubrir y desembolsar a las compañías aéreas, hasta el punto de que los propios gobiernos –convencidos de la gravedad de los hechos– han tenido que avalar con sus presupuestos públicos las enormes pérdidas producidas.

Finalmente, los ataques terroristas perpetrados contra Estados Unidos producen asombro, sorpresa y desconcierto entre los gobiernos y potencias occidentales, a la vez que crean un sentimiento de angustiosa indefensión entre la población civil de todo el orbe, de consecuencias aún imprevisibles, situándonos, a partir de este momento, en un mundo de inseguridad, de incertidumbre y de riesgo; si bien menos apocalíptico que con una guerra atómica, en cambio menos controlable por métodos y medios convencionales, puesto que el terrorismo es un enemigo que actúa de forma multilocal, sin frentes definidos y con una logística bélica sofisticada ante lo cual todos los gobiernos democráticos del mundo se ven obligados a repensar y recrear sus políticas de autodefensa y seguridad, especialmente las orientadas a proteger la vida de sus ciudadanos y a garantizar sus libertades.

El terrorismo obligó a todos los gobiernos democráticos y potencias occidentales, en especial a los que se han venido situando dentro de un *status* de aislamiento, neutralidad o de no alineamiento político, y a los propios EE UU, fiados en sus escudos antimisiles y otras defensas ultramodernas, a tomar conciencia del peligro mundial que entraña lo que los militares llaman «la amenaza asimétrica» que plantea el terrorismo internacional: «En África, en la región del mundo en la que más saben de odios, rencillas y conflictos, donde la prosperidad es un sueño muy lejano», escribe en *El País* John Carlin, el día 20, poco después del atentado, «saben, desde tiempos inmemoriales, algo que en Estados Unidos no aprendieron hasta esta sema-

na: que un escorpión puede derribar a un elefante en plena selva. Y este asombroso descubrimiento ha conmocionado la sensación de mastodóntica invulnerabilidad de los americanos, a los que les ha mostrado que el mundo es un lugar más peligroso y complejo de lo que imaginaban; ha introducido en su psique colectiva una sensación de precariedad y de miedo que antes no tenían; todo lo cual marcará, sin duda, en la vida americana, un antes y un después».

De pronto ha surgido la necesidad de alianzas y cooperación internacional, a nivel global, entre los países democráticos y las sociedades civilizadas, frente a la violencia terrorista y el terror fundamentalista; se requiere un esfuerzo común para desprenderse de hábitos y recelos históricos, «aunque no se sepa muy bien todavía qué se debe hacer en el futuro; pero sí se tiene la certeza de que la democracia debe ser una internacional», según lo han comprendido la OEA, la OTAN, la UE y la propia Rusia, tras sus guerras en Chechenia y Afganistán, ya que «han cambiado los criterios sobre fronteras y enemigos. Un complejo y fantasioso, sofisticado escudo antimisiles no puede nada contra terroristas dispuestos al suicidio, armados con simples sacacorchos y dispuestos a tomar un avión con rumbo a sus paraísos», escribía desde Bruselas Alberto Sotillos. Y se ha puesto de manifiesto que las grandes potencias, según lo predijo Toynbee en 1974, son completamente vulnerables. «Lo que un hombre imagina y crea, otro lo puede imitar y hacer posible en cualquier lugar», dijo Larry Collins, coautor de *El Quinto Jinete*; esa es la clave de los mayores horrores que, en el inmediato futuro, van a producirse en todas las formas de contraespionaje, contraataque y defensa global.

La *yihad*, como referencia a todo fenómeno reaccionario y fundamentalista que procede del Oriente Próximo, afirmará Barber *–Teología contra tecnología–*, constituye una virulenta y dura respuesta al colonialismo e imperialismo occidentales, contra sus vástagos económicos, su capitalismo y modernidad; concepción teocrática desde la que se pretende recuperar la conciencia de identidad y unidad musulmana de todo el islam, a través de la *ummah* o concepción sincrética de la civilización islámica como un todo y que, según Gilles Kepel, desde mediados del pasado siglo XX, aspira a «islamizar la modernidad»

Por tanto, «tan solo si los gobiernos de las sociedades democráticas coordinan sus acciones e información, e internacionalizan la justicia, pueden asestarse duros golpes a las organizaciones terroristas, desbaratando toda su infraestructura bélica, sus fuentes de suministro y llevando a los tribunales a sus dirigentes, limpiando a la comunidad humana de futuros Milosevic. Los estados y sociedades que fomentan o encubren el terror tienen tanta responsabilidad en los crímenes colectivos como los comandos que los ejecutan, por lo que deberían ser objeto de represalias por parte de la comunidad democrática», escribe Mario Vargas Llosa en *El País* del día 16 de septiembre, «reemplazando estas dictaduras despóticas y sanguinarias por gobiernos democráticos... Pues no es verdad que haya sociedades –como las islámicas– constitutivamente ineptas para la democracia. Se trata de un prejuicio absurdo, alimentado por el racismo, la xenofobia y los atávicos complejos de superioridad que aún sostienen algunas sociedades occidentales», concluye Vargas Llosa.

¡Dos años y medio después, el 11 de marzo de 2004, la banda de Bin Laden, al-Qaeda, perpetra en Madrid el mayor atentado terrorista de la historia de España, de-

jando 192 muertos y 1.430 heridos, de diversa consideración, en cuatro trenes de cercanías de las estaciones madrileñas de Atocha, del Pozo del Tío Raimundo y de Santa Eugenia! ¡La masacre, iniciada a traición, sin previo aviso por los terroristas, comenzaba a las 7:39 horas en la céntrica estación de Atocha: tres vagones del tren estacionado en la vía 2, procedente de Guadalajara, reventaron a la vez; en los seis minutos siguientes, otros tres trenes volaron en pedazos en la calle Téllez, 80 metros antes de entrar en la estación de Atocha, y en las citadas estaciones del Pozo del Tío Raimundo y de Santa Eugenia, barrios de humildes obreros que en aquellas horas de la mañana –como todos los días– se dirigían hacia sus puestos de trabajo habitual! ¡Diez bombas en seis minutos! La cadena de explosiones, dice el comentarista, acabó con más vidas que todos los atentados perpetrados en España en los últimos doce años. Los terroristas sembraron la muerte en la línea 2 de cercanías de RENFE, que transporta diariamente 216.000 viajeros, en su mayoría trabajadores que viven en los barrios y poblaciones del corredor del Henares, y estudiantes que acudían a sus clases del Campus Sur de la Universidad Politécnica. ¡Tres bombas que afortunadamente no habían estallado fueron desactivadas, tres horas después, por los Tedax, grupo especialista de la policía, evitándose una mayor catástrofe humana y el derribamiento de bienes diversos!

¡Pero dicha masacre también acababa con la campaña electoral nacional, que daría un sensacional viraje al siguiente día 14, fecha de las elecciones generales, en favor del partido socialista.! ¡Los terroristas islamitas acababan de decidir unas elecciones generales de otro país occidental! ¡La banda de Bin Laden reivindicaba, hacia las 21 horas, la autoría del atentado en un comunicado a la delegación de Londres del diario árabe *al-Quds al-Arabi*, recordando que el próximo día 20 se cumplía un año del comienzo de la guerra de Irak! Un cruce violento de acusaciones entre gobierno y oposición sembraron la duda entre la población que se preguntaba por la identidad de tales asesinos, y del porqué de tal masacre que sembró de luto todo el territorio nacional.

¡Las amenazas contra los países occidentales, sobre todo, próximos a los EE UU, de tradición judeocristiana, se han cumplido con creces! ¡Pero sus consecuencias políticas, económicas y, sobre todo, socioculturales, relativas a la intención de desterrar los valores fundamentales de nuestra civilización, nuestras tradiciones, creencias y sistema de vida que nos han situado en vanguardia del progreso mundial, están por llegar! Durante los últimos 25 años las estructuras socioeducativas ideadas, financiadas y teledirigidas por saudíes, kuwaitíes, paquistaníes, iraníes, libios y turcos, se están expandiendo sin tregua por todo el viejo continente europeo; universidades, centros de investigación, asociaciones culturales e instituciones parareligiosas sirven de plataforma al integrista islámico, actuando como estandartes de la *yihad* contra Occidente. El miedo que vive Occidente frente al islam, más bien, frente al fundamentalismo islámico por su intolerancia, se ha convertido en obsesión para europeos y americanos. ¡Pero lo que preocupa seriamente es que están influyendo en las conciencias y las decisiones de muchos políticos porque sus miedos debilitan sus juicios, y la duda que siembra el terror llena de tensiones al país!

Un vídeo distribuido por la cadena de TV al-Jazeera, a mediados del pasado mes de setiembre, muestra a un bien vestido al-Zawahiri junto a un fusil de asalto Kaláshnikov. La grabación no es un simple documental informativo, sino un manifiesto de al-Qaeda por el que amenaza de muerte a los ciudadanos americanos, a la vez

que se convoca al terrorismo internacional a que siga asesinando: ¡la máquina propagandística cumple sus objetivos! Y lo más lamentable es el escarnio público que se está haciendo políticamente de las víctimas, sin que dicha masacre tenga visos de aunar los esfuerzos de todas las formaciones contra toda clase de terrorismo, cualquiera que sea su origen y sus motivaciones.

3. SURGE UN NUEVO ORDEN MUNDIAL: LA RECONFIGURACIÓN GLOBAL DE LA POLÍTICA, DE LA ECONOMÍA, DE LO SOCIAL Y DE LA CULTURA. ¡EL POSTMODERNISMO HA COMENZADO!

Pero lo más significativo es que, a partir de los sucesos ocurridos el 11 de septiembre, se produce un *giro coperniano en la consideración e interpretación de la política mundial*: todos los comentaristas políticos, historiadores y sociólogos coinciden en repetir y afirmar, trayendo a la actualidad las conjeturas de Huntington y Toynbee, que, por vez primera en la historia, tras la caída del Muro de Berlín, la finalización de la Guerra Fría entre las potencias occidentales (la OTAN) y Rusia, y la consiguiente desaparición del totalitarismo comunista, que convirtieron la política mundial en tripolar (Occidente, Rusia y sus países satélites, y de otro lado, el Tercer Mundo), esta se ha vuelto bipolar, multilocal y multicivilizacional, a pesar de los intentos de modernización socioeconómica, democrática y tecnológica, y los de expansión, penetración y aculturación de las sociedades y países orientales por Occidente, que no han logrado producir ni una civilización universal ni una occidentalización de dichas culturas, ni una aproximación tolerante entre ambas.

Acabamos de constatar que el supuesto equilibrio de poder entre civilizaciones ha cambiado, de modo que Occidente va perdiendo influencia relativa y preponderancia frente a las civilizaciones asiáticas, en especial las islámicas, cuyo potencial económico, político y militar resurge peligrosamente con su incontenida explosión demográfica, su tecnologización y sus exaltados fundamentalismos religiosos, de consecuencias desestabilizadoras, de forma que las pretensiones universalistas y de expansión y dominio económico, político y cultural de Occidente, junto a las políticas dubitativas y contradictorias que ha venido manteniendo en Oriente Próximo (Palestina, Irak, el Golfo, etc.), le han obligado a entrar en conflicto con dichas civilizaciones orientales, como China, y, en especial, con el islam, produciéndose, a nivel global o mundial, un nuevo realineamiento bipolar de países beligerantes –de nuevas alianzas– entre Occidente y el mundo islámico, que se ha posicionado internacionalmente en torno a los denominados «países centrales afines», en busca y defensa de sus propias identidades culturales y de civilización, por lo que los alineamientos, basados antaño en ideologías y relaciones de potencia socioeconómica, dan paso a una política global que se está reconfigurando de acuerdo con criterios culturales, étnicos y religiosos.

Por consiguiente, los conflictos más generalizables y peligrosos no van a ser los que, en sana lógica social, deberían producirse entre países pobres y ricos, o definidos por criterios económicos, sino por los que afecten a criterios de identidad cultural, en especial religiosa, ante el peligro de una laicización temida por los fundamentalismos que predicen una anarquía, depravación y socavamiento total de las costumbres y valores, en especial, en Occidente: «¡Las civilizaciones representan,

actualmente, las tribus de antaño, y el choque de civilizaciones no es más que una nueva forma de conflicto tribal a escala planetaria!», dice Huntington.

Tras la caída del Muro de Berlín y la consiguiente finalización de la Guerra Fría, la política mundial, de acuerdo con Huntington, se fue articulando y desarrollando en torno a las siete principales civilizaciones contemporáneas: occidental, latinoamericana, ortodoxa, africana, hindú, sínica, japonesa e islámica, de modo que, en el plano local, las *líneas de fractura o de fricción* más violentas fueron las que separan la islámica de la sínica y de la hindú; la africana de la islámica; la occidental de la sínica y, de otro lado, de la islámica. Pero de modo especial, «las que surgen de la arrogancia de Occidente frente a Oriente, de la intolerancia islámica frente a Oriente y Occidente, y de la autoafirmación sínica, basada ésta en su gran crecimiento económico», según Huntington.

Si bien, en el plano global, los conflictos más violentos, temibles y duraderos son, y serán en el futuro –aparte de los que surjan entre Occidente y las civilizaciones asiáticas de Extremo Oriente, las africanas y las de Latinoamérica– los que se producirán a lo largo de las líneas de fractura que separan la civilización occidental de la islámica, el «mundo *Dar-al-Islam* o tierra de paz, de los fieles, según los musulmanes, frente al *Dar-al-Harb* o mundo de la guerra y del infiel».

Sin que debamos olvidar, replica Susan George, «que el enorme incremento de la demografía en el cono Sur y la presencia, cada vez mayor, de población en el cono Norte, producirán, tarde o temprano, graves enfrentamientos e implosiones culturales, pero serán mayores los riesgos de un capitalismo global, que no puede subsistir con la debilitación de la cultura occidental sobre la que se asienta, lo que producirá, además, el enfrentamiento entre incluidos y excluidos, entre pertenecientes a culturas pobres y a culturas ricas y poderosas que comprenderá muy pronto un 10% de la humanidad».

De otra parte, dentro de las naciones y estados-nación europeos, surgidos del Modernismo, tras la firma de la Paz de Westfalia, en 1648, que acabó con los 30 años de las Guerras de Religión y con la intolerancia entre católicos y protestantes en la Europa occidental, otros peligros fundamentalistas y separatistas acechan, basados en las lenguas, etnias y religión –como ocurrió u ocurre en Bosnia, Kosovo, Chechenia, El Cáucaso, País Vasco, Irlanda, etc.– que tratan de desestabilizar e incluso superar, con sus continuas reivindicaciones nacionalistas y separatistas, el equilibrio social y la legalidad democráticos dentro de los estados-nación, apelando a características diferenciales extremistas y a supuestos derechos históricos, a propuestas multiculturales o pluriculturales dentro del estado-nación y, en la mayoría de casos, al fenómeno terrorista, como ETA y el IRA, que acaban aliándose con el terrorismo internacional, a través de sus organizaciones sediciosas, como al-Qaeda, Hamás, Hezbolá, Yama al Islamiya, etc.

Si bien estos conflictos étnicos y culturales no son exclusivos de Occidente, sino que persisten y se acentúan entre las tribus, clanes y grupos de diferente identidad cultural, en el seno de los nuevos estados emergentes de África, como ocurre en Somalia, Nigeria, Sudán, África del sur y Ruanda, cuyos sangrientos enfrentamientos repercuten en Uganda, el Zaire y Burundi. Y se reproducen en Asia central, Cachemira, Malasia, India, Sri Lanka, Filipinas, Pakistán, Turkestán, etc., configurándose así múltiples sublíneas de fractura o de transición cultural.

Y, junto a dichos conflictos étnico-culturales, se prevén, con toda probabilidad,

los que deriven de las intensas migraciones que se están produciendo, de una parte, en Europa, desde sus países orientales, menos desarrollados, hacia los de la Unión Europea; desde el África del norte y central, y desde Latinoamérica, hacia Europa occidental; y, de otra parte, desde América central a los EE UU, que darán lugar a graves conflictos y enfrentamientos de índole política, socioeconómica y cultural...

El mundo deberá afrontar, por tanto, una terrible paradoja en esta era global: «De África a Europa oriental», afirma David Held, «de Asia a América latina, de norte a sur, son, cada vez más, los nacionalismos y grupos étnico-culturales que abogan por un gobierno propio, autónomo, en el preciso momento en que la eficacia de la propia democracia, como forma de organización política de los estados-nación, está sometida a revisión a causa de las nuevas y complejas interconexiones surgidas de la globalización».

«En una época caracterizada por la diversidad y complejidad de problemas y factores determinantes de una redistribución del poder en una multiplicidad de centros de poder y sistemas de autoridad intranacionales y supranacionales, se exige una renovación y redefinición de las bases de la teoría política y de la praxis democrática para un mundo globalizado», por lo que no solo el estado-nación se pone en tela de juicio, sino las propias democracias, en especial las occidentales.

4. UN NUEVO REALINEAMIENTO POLÍTICO, ECONÓMICO Y CULTURAL DE LAS NACIONES SE ESTÁ PRODUCIENDO, A NIVEL PLANETARIO O MUNDIAL: ORIENTE FRENTE A OCCIDENTE. ¡EL CHOQUE ENTRE CIVILIZACIONES, SEGÚN LO DESCRIBIÓ HUNTINGTON, YA HA COMENZADO!

Un nuevo orden mundial, basado en diferencias étnicas y de civilización, se acaba de implantar en el mundo con las alianzas antiterroristas establecidas en Occidente tras los últimos atentados perpetrados contra EE UU: las sociedades y Estados que comparten la civilización occidental se han convencido de la necesidad de cooperar entre sí. Y han sido los conflictos socioculturales entre civilizaciones, que responden a criterios de identidad individual y panacionales de genealogía, lengua, etnia y, sobre todo, de religión, más que a motivos económicos, políticos e ideológicos, según ya observó Vaclav Havel, los que van a ir en aumento –desde el doble atentado suicida cometido en 1983 por la Yisah islámica contra el cuartel general de los marines, en Beirut, en el que murieron 241 soldados; el que se cometió precisamente contra el World Trade Center de Nueva York en 1993; y el terrible atentado del 11 de septiembre de 2001– y los que van a sucederse cara al futuro.

Y en esta emergente política global, las superpotencias de la nueva guerra fría irán siendo sustituidas por los Estados centrales y afines de las dos grandes civilizaciones, la occidental, capitaneada por EE UU y la UE, y la islámica, capitaneada por Irak, Irán, Siria y los países minoritarios musulmanes: ¡Occidente terminará donde acaba el cristianismo y comienzan el islam y la ortodoxia!

No deja de ser muy significativa la expresión de Gadafi al afirmar que los judíos y cristianos controlan ahora a los musulmanes y, si pueden, dominarán el confucianismo y demás religiones de la India, Japón y China. «Los occidentales están diciendo que estaban decididos a aplastar al comunismo y que van a aplastar al islam y al confucianismo. Ahora esperamos una confrontación entre China, que encabeza el

confucionismo, y EE UU, que encabeza el bando cruzado cristiano. No tenemos otra justificación que estar dispuestos a luchar contra los cruzados. Estamos con el confucionismo y, aliándonos con él y luchando en un solo frente internacional, eliminaremos a nuestro adversario común».

Se anuncia la «segunda revancha de Alá» sobre Oriente Próximo y sobre Europa occidental, según expresión de Gilles Kepel, por la que se trata de islamizar la modernidad, otorgándole una fundamentación teocrática a la sociedad occidental, recobrando los valores del islam en el orden cultural, social y político. Y todo ello, como consecuencia del resurgir del islam, en busca de su pasada y esplendorosa identidad, por medio de la *ummah* o extensión de la civilización islámica como un todo global de cuyos movimientos, más o menos ortodoxos y fundamentalistas, no están ajenas las demás religiones, en especial las monoteístas, con el confucionismo y el hinduismo, con el decidido propósito de moralizar las costumbres y espiritualizar la sociedad postmoderna frente a las intensas campañas de laicización y de indoctrinamiento atea o, cuando menos, agnóstico, de la educación.

En otro orden de cambios y procesos de reforma mental o intelectual del mundo, las ortodoxias del empirismo lógico, del racionalismo cartesiano y del determinismo científico, o del *debe ser*, irán cediendo el paso, para la reforma del pensamiento y la educación, a la teoría del caos, al principio de incertidumbre de Werner Heisenberg y, en especial, al relativismo temporal o validez intemporal, según Kuhn, de las teorías en función de los paradigmas arbitrados, tanto para determinar los problemas de estudio, como el método a utilizar para resolverlos; ya que es en función del paradigma elegido en cada época como podremos llegar a entender e interpretar adecuadamente las teorías científicas de las épocas anteriores: solo si se consideran en sus contextos propios –lo que no tuvo en cuenta la primera modernidad–, teniéndose presente que las ideas del pasado hay que interpretarlas en términos de unos intereses y motivaciones que fueron percibidos como relevantes en la época en que fueron debatidos por primera vez, según nos enseña la crítica hermenéutica.

Las teorías, de por sí, ni son buenas ni son malas; ni son verdaderas ni falsas; ni son atemporalmente válidas: solo se considerarán correctas o incorrectas en función de su mayor o menor capacidad para explicar los hechos específicos, concretos, que pretenden, cada una, explicar, o para los que, en su momento, se formularon: «Las teorías», satirizó Kuhn, «solo sirven mientras viven sus creadores; con su muerte, mueren ellas también». Cuando el 21 de abril de 1933, el filósofo Heidegger decide asumir el rectorado de la Universidad de Friburgo, asumiendo un concepto premoderno de ciencia, «al tratar de recuperar la idea griega de ciencia como esencia originaria de saber, como fruto de los interrogantes que el hombre se formula sobre la contingencia de la realidad», rechaza su fragmentación actual en forma de teorías y escuelas especiales, reclamando una mayor inserción con la realidad histórica de cada cultura: «Pretende que la ciencia proponga las tareas fundamentales de la vida social, y que establezca orientaciones para los dirigentes» ¡No supo prever que muchos de nuestros males actuales proceden de ese exceso de racionalismo existencial!

El error del racionalismo constructivista, comenta Friedrich A. Hayek a propósito de una crítica sobre Descartes, fue el afirmar «que la razón lo explica todo, lo perfecciona todo y es capaz de reconstruirlo todo mentalmente: de cosificar la realidad, de moldearla y definirla; no se limita a racionalizar el proceso mental, sino que trata de crearlo; y no parte de la naturaleza de las cosas, sino que cree posible el tras-

ladar las apreciaciones racionales creando nuevas naturalezas. La razón», concluye K. Popper, «es instrumento de conocimiento, pero no de planificación».

Por tanto, en el nuevo orden intelectual o mental, cara al pluralismo y la diversidad cultural, habremos de tener presente que las teorías y las ideas, como los individuos, según afirmaba Kierkegaard, «tienen su propia historia y son incapaces de soportar y superar los estragos del tiempo como los seres y realidades físicas».

En consecuencia, cara al nuevo orden mental, a la reforma del pensamiento, nos resultará intelectualmente válido, éticamente honesto y socialmente adecuado, según Karl Popper, elegir aquella actitud intelectual o teórica con que nos mantenemos, ideológica y afectivamente, mejor situados para competir con las demás posiciones teóricas y opiniones, y que, por selección natural, demuestren ser más aptas y adecuadas para sobrevivir. No se debe pretender que nuestro sistema mental, llamado empirismo, represente, necesariamente, la única forma de explicar los hechos y procesos, ya sea del mundo físico, sea del mundo interior de nuestras representaciones y expresiones. El equilibrio científico en nuestro mundo exige un cierto relativismo lógico, mayor índice de individualidad y diversidad de estilos de pensamiento, de creencias y de vida; y, por consiguiente, la aceptación de una multiculturalidad a escala planetaria.

De otra parte, nuestra civilización ha alcanzado un nivel de conocimientos y de tecnicidad del cual se enorgullece Occidente, en especial, pero que nos impone, intelectual y educacionalmente, una hiperespecialización tal que nos impide alcanzar una visión global y esencial –humanista– del saber y del propio mundo. Habremos, por tanto, de reorganizar todos estos saberes y encuadrarlos dentro de una concepción teórica más amplia y global que, según Hegel, nos permita arribar a la «síntesis mental de nuestro saber actual».

Además, «entre el pensamiento científico, que separa los conocimientos o saberes por disciplinas», advierte Edgar Morin, «y que no reflexiona sobre nuestro destino humano, y el pensamiento humanista, que ignora las aportaciones científicas capaces de resolver nuevos interrogantes sobre el mundo, la vida y el más allá, el divorcio es total y peligroso: de ahí la necesidad de reformar el pensamiento y la educación; de reforzar la capacidad del hombre para conquistar y organizar el conocimiento, y para reintegrar o sintetizar saberes y culturas divorciadas, afrontando el caos, el riesgo y la incertidumbre».

No debemos olvidar, afirma Karl Popper en *La miseria del historicismo*, que el curso de la historia humana está fuertemente influido por el crecimiento del saber; que no podemos llegar a predecir, por métodos racionales o científicos, el crecimiento futuro de nuestros conocimientos científicos; que no podemos predecir, por tanto, el curso futuro de la vida y de la historia humanas: esto significa que hemos de rechazar la posibilidad de una historia teórica, de una ciencia histórica, de la misma naturaleza que la física teórica. Nos resultará difícil concebir una teoría científica del desarrollo cultural, político y social que sirva para la predicción histórica.

Y de esta orientación de la reforma del pensamiento y del saber, no se excluyen las contrarreformas religiosas –sus dogmas, postulados, códigos y valores– y una revisión y discusión profundas sobre la validez filosófica y social de la propia moralidad basada en la religión, problemáticas que han renacido, con inusitado ardor dialéctico, a raíz de los atentados del 11 de septiembre y de los movimientos reaccionarios y extremistas de los fundamentalismos islámicos, provocadas por intelec-

tuales progresistas, quienes, con la evocación de las tropelías, condenas y muertes causadas durante las pasadas Guerras de Religión en Europa, a las que dio fin la Paz de Westfalia, y del más tenebroso absolutismo de la Inquisición, que aterrorizó las vidas de infieles y conversos, han llegado a proponer la desaparición de las religiones, como opio del pueblo, y como causa de enfrentamientos y de intolerancias frente al poder civil.

«Al espíritu humano», acaba de afirmar el Nobel portugués José Saramago, «no le faltan enemigos, pero la creencia en Dios, en cualquier dios, es uno de los más corrosivos y perniciosos», si bien cometía un grave error por omisión al no atribuir la frase inicial de «si Dios no existiera, todo estaría permitido» al propio Nietzsche. «Las religiones, todas sin excepción», prosigue Saramago, con claro acento de ateísmo liberal, «nunca han servido para reconciliar a los hombres, sino que han sido causa de inenarrables sufrimientos, de matanzas y de monstruosas violencias físicas y espirituales», sin tener en cuenta —lo que le desilusionaría tremendamente— que las más de veinte mil personas guillotinas por el frenesí sangriento del Terror, con sentencia regular, no se debieron a insurrecciones del pueblo y a cóleras populares reprimidas frente al régimen anterior, ya que «más de un 80% pertenecía al Tercer Estado, compuesto por pequeños burgueses, obreros, asalariados y campesinos», concluye Vittorio Messori en su artículo publicado en *La Razón* el 18 de octubre.

Peca, asimismo, Saramago de inexactitud histórica cuando obvia los estudios del francés Jean Dumont, autor de *Les prodiges du sacrilège*, a través del cual desvela los ataques realizados por Constantino, antes de su conversión, frente al cristianismo, y los intentos de descristianización y laicización de la sociedad francesa por parte del Terror durante la Revolución Francesa, que, según Donald Greer, produjo más víctimas con la guillotina —en torno a unos veinte mil—, en solo dos años (1792-1793), que los producidos por la Inquisición durante cinco siglos.

Sin embargo, no se puede negar la falta de convicciones religiosas que arrastra la sociedad occidental desde Kant, promotor del racionalismo, para quien «la moral, en cuanto que está fundada sobre el concepto del hombre como ser libre y que, por el hecho de ser libre, se liga él mismo por su Razón a las leyes incondicionadas, no necesita de la idea de otro ser superior por encima del propio hombre para conocer el deber propio, ni de otro motivo impulsor que la ley misma para observarlo. Al menos es propia culpa del hombre si en él se encuentra una necesidad semejante, a la que, además, no se puede poner remedio mediante ninguna otra cosa, pues lo que no procede de él mismo y de su libertad, no da ninguna reparación para la deficiencia de su moralidad. Así pues, la Moral, por causa de ella misma, sea objetivamente, por lo que toca al querer, como subjetivamente, por lo que toca al poder, no necesita de la Religión, sino que se basta a sí misma en virtud de la Razón pura práctica».

Y puesto que, siguiendo con el razonamiento de Kant, las leyes de la Razón pura práctica «obligan, por la mera forma de la legalidad universal de sus máximas, que han de tomarse, según ella, como condición suprema —incondicionada, ella misma— de todos los fines, la Moral no necesita de ningún fundamento material de determinación del libre albedrío, esto es, de ningún fin, ni para reconocer qué es debido hacer, ni para empujar al hombre a que ese deber se cumpla, sino que puede y debe, cuando se trata del deber, hacer abstracción de todos los fines» y, por tanto, derivar sus decisiones, leyes, normas y éticas del consenso social o regla de la mayoría, acomodándolas a las necesidades coyunturales o emergentes de la sociedad,

como ocurre al tener que afrontar determinaciones legales frente al aborto, a la eutanasia, al suicidio, a la homosexualidad, a la poligamia o poliandria, según los lugares, a la explotación de una naturaleza amordazada por el capitalismo frente al crecimiento limitado, al liberalismo capitalista, etc.

¿Por qué, dentro de ese déficit comunitario de ética que sufre el mundo actual, se pregunta mi amigo Federico García Moliner, premio Príncipe de Asturias, descuidan los científicos su obligación de reflexionar sobre los dilemas éticos que derivan del uso de los conocimientos en relación con el impacto de la tecnociencia sobre nuestras vidas y sobre la propia naturaleza, siendo así que dicho impacto sobre nuestra existencia es demasiado tremendo y de efectos impredecibles? ¿Por qué este déficit generalizado de ética, prosigue García Moliner, no impulsa a los científicos hacia un compromiso de reflexión y decisión sobre las implicaciones y responsabilidades de la tecnociencia sobre estos problemas que nos plantea el informe Lugano, siguiendo las propuestas formuladas por Rotblat en su discurso de aceptación del premio Nobel de la Paz?

«Me atrevo a esperar», afirma Jean François Revel en su obra *El conocimiento inútil*, «que ya hemos llegado al final de la época durante la cual los intelectuales se han esforzado, por encima de todo, en colocar a la humanidad bajo su dominio ideológico, y que estamos entrando en la era en la que, por fin, van a ajustarse a su vocación y función, que es poner orden en el conocimiento, y el conocimiento al servicio de los hombres».

Y, de parte de las instituciones y organizaciones religiosas, ante la emergencia del racionalismo y el relativismo ético actuales, sería conveniente que el Vaticano o la Sociedad Internacional de Iglesias iniciaran un diálogo de aproximación entre las diversas creencias a favor de una recuperación de los valores ético-religiosos y de los derechos universales, llevando a cabo una cruzada ideológica, espiritual y social conjunta, frente a toda propuesta fundamentalista y excluyente de Guerra Santa, según acaban de proponer Bush y demás países aliados, contribuyendo a recomponer el nuevo orden mundial creando y tendiendo puentes de entendimiento ético-religiosos y de auténtica espiritualidad comunitaria.

De otra parte, los estados-nación surgidos de la Paz de Westfalia, en 1648, con la que se instauró la Modernidad al liquidarse la estructura político-feudal del Medievo, y con la que se puso fin a treinta años de enfrentamientos e intolerancia religiosa entre católicos y protestantes en torno al poder civil, fueron concebidos como contenedores, dentro de su demarcación territorial, de toda la sociedad y de sus clases, de todas sus instituciones y órganos diversos de jurisdicción, a la vez que como supremos ordenamientos jurídicos y sociopolíticos y de control, «llenando o cubriendo, dentro de su territorialidad, toda clase de necesidades sociales, de exigencias económicas y de atribuciones políticas».

Pero con el nuevo ordenamiento político mundial, producido por la globalización, el Estado-Nación, como entidad política absoluta, se difumina, disfuncionaliza, en parte, y se desespacializa en cuanto a soberanía y delimitación o alcance de sus competencias: las nuevas interconexiones supranacionales, a nivel jerárquico distintas de las interestatales, que dieron lugar al derecho internacional, y las nuevas instancias u organismos superiores surgidos de la globalización política, le despojan y/o relevan de atribuciones, sobre todo, en el ámbito económico, a causa del capitalismo global; a la vez que le obligan a participar en nuevas problemáticas y tomas

de decisión mundiales o regionales, en alianzas, organismos y organizaciones con las que compartirán funciones y responsabilidades.

En todo caso, con la globalización, el Estado-Nación se ve desbordado por arriba, por la urgencia de nuevas instancias transnacionales, de probables gobiernos mundiales, «cuestión ahora impostergable para la convivencia humana, en los albores del siglo XXI, que, necesariamente, vendrá a socavar el nacionalismo metodológico de A. D. Smith», según Ulrich Beck, «rompiendo la unidad y concepto del Estado nacional y de su sociedad total, estableciéndose nuevas esferas y relaciones de poder, competencia y competitividad; a la vez que nuevos conflictos y entrecruzamientos se producen, de una parte, entre sectores y actores del propio Estado nacional, y, de otra, entre actores, organizaciones, jurisdicciones e instancias supranacionales».

De otra parte, con dicha globalización y las futuras estructuras supranacionales, derivadas del nuevo reordenamiento político mundial, se impondrá, necesariamente, junto con una redefinición del nuevo Estado nacional, una redefinición o reconceptualización de muchas de las normas, principios y valores democráticos actuales, como los del consenso, que legitimarán las decisiones políticas y los gobiernos; los de representatividad y mayoría; los que afecten a los derechos y deberes del nuevo ciudadano mundial, así como a los que deberán garantizar la convivencia dentro de las sociedades multiculturales, y el alcance de su participación política; los que se refieran a la articulación de la justicia y a los derechos-deberes del profesional; a los de asistencia y protección social; al derecho al trabajo, a la educación y a la homologación de formación para un mundo global, etc. ¡Por doquier se plantearán nuevas, apremiantes y volcánicas cuestiones que empezarán por el fin de la sociedad del pleno empleo, como fundamento del derecho del hombre a su libertad, y el consiguiente colapso del estado del bienestar!

Con la informatización de los procesos productivos de la empresa, y con la libre circulación de capitales y personas, de información y translocación de empleos o puestos de trabajo, como efectos derivados del capitalismo global, se vacían de competencias y de medios económicos los Estados occidentales, se va desmontando el estado del bienestar, se instala y acentúa la precariedad del empleo o subocupación, desaparece la regulación y reglamentación laboral que garantizaba el derecho al trabajo y que llenaba de contenido el derecho democrático a la libertad y a la autonomía económica propia y de su familia, dando paso al paro, a la emigración, a la pobreza y a la incertidumbre, viéndonos abocados a una sociedad del riesgo.

No deja de ser descorazonador, lamenta Beck, que el *ethos* del trabajo, que ha ayudado al capitalismo a lograr su victoria sobre la sociedad y que está considerado como eje de la sociedad democrática, se base en una idea insatisfactoria de la automatización con la que no se escatima ningún medio para borrarlo del mapa económico, apelando a razones de productividad. Y en el intento de reconquistar el paraíso perdido del pleno empleo, se manifiesta también el miedo a la libertad; miedo que apela a una política proteccionista de reducción de la productividad, llevándose por delante el propio estado del bienestar con el colapso de las pensiones, cada vez más desequilibradas por la progresiva disminución de la población activa, sembrando de desigualdades económicas las diversas clases sociales.

- 5. SE ESTÁ ULTIMANDO EL DEFINITIVO TRÁNSITO DESDE LA PRIMERA A LA SEGUNDA MODERNIDAD, O MÁS BIEN, HACIA LA POSTMODERNIDAD. Y DEBERÁN REFORMULARSE LOS FUNDAMENTOS DE LA PRIMERA MODERNIDAD Y LOS PRINCIPIOS QUE DIERON LUGAR A ELLA, CON LA CREACIÓN DEL ESTADO NACIONAL Y EL ESTABLECIMIENTO DEL CRITERIO DE RAZÓN SOBRE EL PRINCIPIO DE AUTORIDAD, COMO LA DEMOCRATIZACIÓN DEL PENSAMIENTO, DE LAS CONDUCTAS PERSONALES, LA IGUALDAD DE OPORTUNIDADES Y DE CAPACIDAD DE TRABAJO, PARA PODER DEFINIR LOS PRINCIPIOS QUE CONFIGURARÁN LA SEGUNDA MODERNIDAD.**

Y el paso desde la primera a la segunda modernidad, de acuerdo con Beck, no solo se caracterizará por los cambios producidos por la globalización o mundialización y desespaciación de lo político, social y económico, por el cambio en las ideas maestras o fundamentales (en las coordenadas) de la futura sociedad mundial o globalizada, y por los nuevos problemas que comporta –como la propia globalización, las crisis ecológicas y el crecimiento limitado, la revolución sexual, la desnaturalización de las relaciones entre padres e hijos, entre generaciones y entre hombres y mujeres, el trabajo remunerado en retroceso o la precariedad del trabajo, las identidades multiculturales, la nueva sociedad del saber, etc.–, sino por la nueva mentalidad que exige, por el «cómo se perciben estos cambios, cómo se apremian sus soluciones y por la capacidad de reacción simultánea y conjunta de todos los países, a nivel global, frente a los problemas, a fin de evitar desigualdades sociales, políticas y económicas entre los países y entre las propias clases sociales».

No se tratará, siguiendo a Beck, de producir algunos cambios *en* la sociedad, por fundamentales que estos sean, sino *de* la propia sociedad, de la sociedad *entera*, de todas las sociedades modernas y de todos sus fundamentos. «Se tratará de una modernización reflexiva *en torno*, y *a partir*, del estado-nación (que se plasmó en la sociedad industrial y en el estado del bienestar) y de los presupuestos políticos que dieron lugar a su creación y funcionamiento, para acometer el salto a la segunda modernidad, en que se *difuminará* el concepto de soberanía del Estado nacional, encerrado en los límites de su territorialidad, y la identidad de patria, y se superará el capitalismo domesticado del estado del bienestar, con el capitalismo liberal globalizado, a la vez que se *desespacian* muchas de sus actuales atribuciones en favor de la sociedad mundial, o sociedad de sociedades o de sociedades nacionales (que contendrán todos los estados o bloques nacionales, las regiones y bloques territoriales)».

La ruptura histórica, concluye Beck, se basa en que las ideas fundamentales o maestras de la primera modernidad pierden autonomía, significado y poder de convicción para resolver los nuevos problemas generados con la globalización:

- En cuanto a la propia globalización, cómo articular la idea de territorialidad.
- En la dimensión social del trabajo, cómo se resuelve el empleo precario y el problema de la distribución de la riqueza, así como el de las pensiones.
- En la dimensión del crecimiento demográfico, cómo regularlo y controlarlo a nivel mundial y en función de cada ideología cultural.
- En la dimensión ecológica, cómo afrontar el crecimiento limitado y sostenido.
- En el plano social, cómo articular el concepto de individualización, autonomía o libertad con la exigencia de comunidad y de orden o jerarquía, según Held y Etzioni.
- En la dimensión de las relaciones entre sexos, cómo se determinará la división del trabajo *natural* entre hombres y mujeres o la distribución de roles en la fami-

lia y sociedad, la homosexualidad, la educación de sexos a nivel primario, el matrimonio o existencia de la familia como unidad básica de reproducción social y *de mano de obra*, etc.

- En la dimensión del derecho a la vida, hasta dónde se llegará con el aborto, la eutanasia, el suicidio; la legítima defensa, la privación de libertad y la pena de muerte; y el tipo de prelación jurídica entre lo individual y lo público, entre la privacidad individual y la pública, etc.
- En la dimensión sociológica, cómo se va a reestructurar la nueva sociedad del saber y sus clases; cómo se va a reordenar y rellenar de ocupación el espacio vital cotidiano y de la vida activa de cada hombre a través de una existencia ya no basada en el trabajo regulado y asalariado, sino en la alternancia de trabajo y ocio; y cómo se redefinirán las relaciones, los derechos y deberes dentro de dicha sociedad del saber.
- En la dimensión intelectual, cómo se va a reformar el pensamiento; cómo se va a sistematizar la hiperinformación y se llegará a la transdisciplinaridad a partir de la hiperespecialización; y cómo se producirá el reencuentro entre las humanidades, la ciencia y la técnica.
- En la dimensión económica, cómo se regularán y ordenarán los mercados y las transacciones mercantiles y financieras en un mundo globalizado; cómo se va a reconducir el capitalismo global y liberal como único mecanismo de integración económica comprobado, ya que, según Peter F. Drucker, «la nueva sociedad del saber no será ni una sociedad anticapitalista ni una sociedad acapitalista».
- En el ámbito político, cuál va a ser el rol del estado-nación en relación con las organizaciones mundiales e instancias supranacionales; en relación con un probable gobierno mundial y con los regionalismos; cómo se van a redefinir los principios de la democracia a nivel global, y, según Drucker, «cómo se va a llevar a cabo el desarrollo y promoción de la sociedad civil como el primer objetivo de la política interior y exterior de cada país».
- Y en el ámbito de las ideologías políticas, ¿será posible encontrar alternativas viables al liberalismo? ¿Cuál es la viabilidad de una tercera vía, según Giddens?

Por todo ello, según Castells, estamos abocados a un tipo de sociedad donde la productividad de la economía y la competitividad de los agentes económicos se encuentran a merced de la ciencia, de las nuevas tecnologías y de las innovaciones en los procesos de producción, de gestión e inversión global del capital. El poder nacional de los Estados, a nivel económico y cultural, pierde influencia a la hora de la toma de decisiones, viéndose abocados a coaliciones y alianzas desigualmente configuradas en una economía global. El mundo se ha convertido en un escenario de luchas y enfrentamientos permanentes. Las pretensiones de igualdad y justicia contenidas en la democracia, surgida de la modernidad, constituyen la principal amenaza de nuestro mundo postmoderno porque aquella se ha tornado esencialmente desconfiada, o contraria a la superioridad natural del ser humano.

La cultura postmoderna «afirma la absoluta pérdida de vigencia de aquellos principios que han venido siendo considerados como herramientas de convivencia y de combate a favor de la democracia, que había sellado el programa emancipador de la modernidad: verdad y ciencia, o racionalidad, igualdad, justicia y libertad. La estrategia reflexiva de la nueva era postmoderna», según Foucault, «rompe con toda dis-